

TETENS, HOLM, *Gott denken. Ein Versuch über rationale Theologie, Was bedeutet das alles?*, Verlag Philipp Reclam, Stuttgart 2015, 96 pp. ISBN 978-3-15-019295-5.

Recensión de Santiago del Cura
en Salmanticensis

¿Hasta qué punto es razonable esperar en Dios? Con esta pregunta se abre el breve libro publicado por H. Tetens. La pregunta es habitual en el ámbito del pensamiento cristiano, especialmente de la filosofía y de la teología fundamental. Y aquí nos encontramos ya con una primera sorpresa, relacionada tanto con el autor como con el libro. Tetens ha sido hasta su reciente jubilación profesor de filosofía teórica en la Universidad libre de Berlín y se contaba entre los defensores de posturas agnósticas, cuando no explícitamente ateas en el ámbito filosófico. En este libro, para irritación de algunos colegas, como él mismo reconoce, lleva a cabo «un giro teísta» (p. 94). El que va de haber mantenido a lo largo de su actividad académica una cosmovisión naturalista y atea del mundo, reteniendo el naturalismo como una evidencia, convencido de que la falta de sentido del mundo no era en último término algo tan malo («Alles halb so schlimm!», *Geist, Gehirn, Maschine*, Stuttgart 1994, 138), a ofrecer un intento de teología racional, en el que la comparación entre «naturalismo» y «teísmo» se resuelve claramente a favor del segundo, pues las dificultades del naturalismo desembocan en las fortalezas del teísmo. La tesis central del libro suena así: «La fe en Dios, que se articula en estas frases (n.b.: Tetens se refiere a la fe del Credo en Dios Padre, en el Espíritu Santo y en la resurrección de los muertos) es capaz de ser justificada por una teología racional como una esperanza razonable, bien entendido: como esperanza razonable. Con todo, si esto se consigue, no es poco» (p. 10). A la justificación detenida de esta tesis dedica Tetens el libro, consciente en cualquier caso de ofrecer únicamente un esbozo. Como prolongación y complemento del mismo puede considerarse la entrevista publicada posteriormente en *Herder Korrespondenz* 1 (2017) 18-22.

La obra consta de cuatro partes. En la I (pp. 12-28) se ocupa del naturalismo, para poner de manifiesto cómo éste no se deduce de los resultados de las ciencias, sino que representa más bien «una posición metafísica, en la medida en que hace de la ciencia una metafísica» (p. 15). El naturalista afirma: «Existe *solamente (nur)* el mundo experiencial cognoscible por medio de las ciencias» (p. 21). Mediante una argumentación desarrollada en cuatro pasos, Tetens pretende poner de manifiesto por qué el naturalismo encalla con ello en grandes dificultades explicativas: «Las distintas respuestas naturalistas... no pueden hacernos realmente comprensible por qué en un mundo experiencial que sería en sí puramente material un día han entrado en escena

sujetos-yo autorreflexivos, capaces de vivencias, con su perspectiva específica del yo» (p. 22).

La parte II (29-54) está dedicada al «panenteísmo», entendiendo con ello el hecho de que todo existe «en» Dios: «Con ello la relación de Dios y mundo se halla pan-en-teísticamente determinada: todo lo que hay en el mundo se halla en Dios en el sentido de que es contenido del pensar racional de Dios» (p. 36). En esta parte propone Tetens una cosmología, que cuenta con Dios como una realidad pensable libre de contradicciones, pues todo lo que hace al caso puede contemplarse o bien como querido por Dios o bien como permitido por él (p. 41). Esta distinción implica una actuación creadora de Dios, en la que la creación se desarrolla ulteriormente como algo inacabado, con implicación del actuar libre del hombre: «Dios entra en una historia real con los hombres» (p. 50). La posibilidad lógica de un mundo así se hace para Tetens plausible al ser capaz de explicar, a diferencia del naturalismo, la existencia de sujetos-yo autorreflexivos, capaces de vivencias.

En la parte III (pp. 55-79), dedicada al tema «redención y teodicea», la posibilidad de pensar a Dios adquiere una tonalidad existencial. Que los seres humanos podamos redimirnos a nosotros mismos está fuera de nuestras posibilidades. De ahí que considere el mensaje del naturalismo como algo «sombrio y desconsolado» («düster und trostlos», p. 59), comparado con la esperanza religiosa de que el mal y el sufrimiento en el mundo no representan la última palabra. A los temas escatológicos (muerte, juicio, resurrección) les dedica una amplia atención desde el punto de vista de una escatología racional (pp. 59-70); si la muerte es el fin definitivo de la persona individual, lo que sigue después es sencillamente «el gran olvido» («das grosse Vergessen», p. 65), comprensión de la muerte propia del naturalismo, que aniquila cualquier esperanza en una redención por parte de Dios. Algo semejante puede decirse de la idea del juicio, en cuanto presupuesto para un perdón y una reconciliación última de los hombres en cuanto personas racionales y responsables: «Quien no quiera hablar del juicio, debería callar también sobre la redención» (p. 70). También se ocupa del problema de la teodicea (pp. 71-79), comparando las respuestas naturalistas y teístas en relación sobre todo con las numerosas víctimas inocentes de la historia. En una perspectiva naturalista, éstas quedan reducidas en el mejor de los casos a medios para lograr una mejora del mundo, de la que ellos no participarán, lo cual es «moralmente escandaloso» (p. 77); por el contrario, en una perspectiva teísta el futuro del mundo está radicalmente abierto y ningún hombre queda excluido de participar en la etapa final de la creación de Dios.

Finalmente, en la parte IV (pp. 80-90) hace su propuesta de una «metafísica teísta», prolongando la tonalidad existencial de la parte anterior y contraponiendo lo que considera una metafísica desconsoladora (que en último término hace de la existencia humana un absurdo o una broma macabra) y una metafísica consoladora (en la que la

existencia humana y la historia tienen sentido y la muerte y el sufrimiento quedan superados), para concluir: así como en la filosofía actual se ha reflexionado sin cesar sobre la frase «Nosotros los humanos no somos otra cosa sino un trozo de materia altamente compleja y organizada», del mismo modo es deseable que se reflexione filosóficamente a fondo, con tenacidad y agudeza sobre la frase «Nosotros los hombres somos creaturas del Dios justo y misericordioso, que quiere incondicionalmente nuestra salvación». Conclusión final: «Hubo tiempos en los que la metafísica consolaba a quienes pensaban. No eran ni mucho menos los tiempos peores o los más alejados de la verdad por parte de la filosofía» (p. 90).

Esta breve obra merece la atención del pensamiento filosófico y teológico por varias razones, no solo porque sea capaz de remar contra corriente. De un modo semejante al de otros autores (p.e. Flew) estamos ante el caso de un pensador que, habiendo sido agnóstico y ateo, experimenta un giro teísta. Pero no como resultado de una conversión religiosa, sino como consecuencia de una comparación racional entre las argumentaciones de tipo naturalista y las propias de la cosmovisión teísta. Frente a afirmaciones nucleares del cristianismo como la encarnación del Hijo de Dios en Jesús de Nazaret o el sentido redentor de su muerte y resurrección permanece más bien distanciado. Su propuesta es la de una teología racional. Por ello no puede darse por satisfecho con una teología puramente negativa, que se conforme con remitir a un Dios total y absolutamente incognoscible. Esto sería el fin de todo discurso sobre Dios que tenga sentido. Se comprende por ello que manifieste su admiración por el momento de teología racional que conlleva el catolicismo, más en concreto, por la primera parte del libro de J. Ratzinger *Introducción al cristianismo*, que retiene como «un elogio del todo elocuente a favor de la razonabilidad de la fe en Dios» (cf. entrevista de HK, p. 22). Quien comparta, por tanto, la necesidad de una racionalidad creyente y esté convencido de que las afirmaciones escatológicas cristianas tienen mucho que ver con el discurso filosófico y el sentido de la historia, encontrará corroboración en este libro. Pero quien no lo comparta haría bien en confrontarse con su propuesta, que no tiene ninguna pretensión apodíctica, sino que se presenta como un esbozo para dar que pensar.